

habría sido fácil al Gobierno de Méjico atraer al Gabinete francés á un arreglo jústo. Para dar una idea del grado de exageracion á que la Francia habia llevado sus reclamaciones respecto á los daños sufridos por sus nacionales en Méjico, bastará decir que en ellas figuraba una partida de sesenta mil duros para indemnizar á un solo pastelero, que dijo que le habian robado en pasteles el importe de esa cantidad. La aseveracion del pastelero francés llegaba al absurdo, y por lo mismo, para demostrar lo exagerado de las reclamaciones del Gabinete de las Tuillerías, los mejicanos dieron á la cuestion el nombre de «reclamacion de los pasteles».

Disgustado el enviado francés, baron Deffaudis, de que el Gobierno mejicano continuase oponiendo observaciones á sus exigencias, salió de Méjico, dejando un encargado en su lugar, y marchando á Veracruz, se embarcó en este puerto el 16 de Enero para regresar á Francia en el bergantin de guerra *Laperousse*. No bien se hizo á la vela, cuando se encontró casualmente, muy cerca del puerto, con el bergantin de guerra *Laurier*, tambien francés, que conducia pliegos para él. En consecuencia, regresó al fondeadero de Sacrificios en union del expresado buque, para ver las instrucciones que le enviaba su Gobierno. Leidos los pliegos, llamó al cónsul de su nacion, residente en la plaza de Veracruz, y poco despues ordenó á los comerciantes franceses radicados en la república mejicana, que formasen un inventario de los bienes que tenian en ella. Esto hizo comprender al Gobierno mejicano que la Francia estaba resuelta á emprender la lucha, y á fin de poder rechazar una agresion á mano armada, el

ministro de la Guerra solicitó de las Cámaras, el día 23 de Enero, una autorizacion con que poder negociar cinco millones de duros para expeditar el ejército de Tejas y poner en estado de defensa las costas mejicanas.

1838. Las señales de que la Francia iba á emprender muy en breve la guerra contra Méjico se manifestaron claramente en los primeros dias del mes de Marzo. En ella llegaron varios buques de guerra franceses que fondearon en Sacrificios, punto próximo al castillo de San Juan de Ulua. El ministro francés, baron Deffaudis, dirigió en seguida el *ultimatum* al Gobierno mejicano, exigiendo lo que no podia conceder ninguna nacion que en algo estimase su honra. El Gobierno recibió el *ultimatum* á las diez de la mañana del 25 de Marzo: las Cámaras se reunieron en sesion extraordinaria en aquella misma noche, y presentándose en ella los ministros, el de Relaciones exteriores D. Luis Gonzaga Cuevas, leyó el *ultimatum* recibido, cuyo contenido causó una indignacion profunda. Terminada la lectura, el ministro puso en conocimiento de las Cámaras que el Gobierno habia contestado al baron Deffaudis diciéndole, que mientras no retirase de los puertos mejicanos su escuadra, no daría respuesta ninguna, pues cualquiera que fuese la justicia que el Gobierno francés creyese tener para sus reclamaciones, el honor y decoro de la nacion mejicana se consideraban ultrajados, y se creeria, si se entraba en arreglos cuando permanecia en aquella actitud amenazadora la Francia, que el Gobierno mejicano obraba por temor á la fuerza con que se le amenazaba. Las Cámaras se manifestaron complacidas de esta digna contestacion que de-

jaba bien puesto el honor nacional, y el país entero aplaudió la respuesta que estaba en consonancia con los sentimientos de todas las clases de la sociedad.

En vista de la resolución del Gobierno mejicano, Monsieur Bazoche, comandante de la escuadra francesa en el golfo mejicano, declaró, el 16 de Abril, que habian cesado las relaciones entre Francia y Méjico, y bloqueados todos los puertos de la república, asegurando que no á la nacion, sino al Gobierno era á quien iba á hacerse la guerra, procurando con estas palabras que el partido contrario á la administracion de D. Anastasio Bustamante negase á éste su apoyo. Desde que la cuestion entre las dos naciones empezó á tomar un aspecto hostil, el Gobierno mejicano, para evitar que el pueblo, irritado por las ofensas que la prensa de París dirigia á la nacion mejicana, cometiese algun acto injusto contra los honrados y laboriosos súbditos franceses radicados en la república, recomendó que se les tratase con las consideraciones de siempre, puesto que se hallaban indefensos, pues digno de pechos generosos era manifestarse benignos con el inerme, y bravos en el combate contra el fuerte. Declarada formalmente la guerra, el Gobierno dió un decreto de expulsion, no sólo para que el jefe de las fuerzas francesas, en caso de que éstas hicieran un desembarco, no tuviese noticias por las cuales pudiera dirigir sus operaciones, sino para evitar á la vez que la plebe cometiese algun acto de venganza en los momentos de romperse las hostilidades. El decreto exceptuaba de la expulsion á los franceses que estuviesen casados con mejicanas; excepcion justa, pues cualquiera que sea la nacionalidad del indi-

viduo que ha formado familia en otro país, no puede sino desear la felicidad del suelo en que reside, pues es la patria de sus hijos, de cuya prosperidad y ventura depende la de estos últimos. Los periódicos de Francia calificaron de una manera ofensiva á Méjico la ley de expulsion dada, llamándola *hija del salvajismo*; pero en esta calificación no estuvieron mas justos que en sus reclamaciones su Gobierno. Si la expulsion se hubiera decretado en circunstancias menos alarmantes, acaso hubiera podido ser censurable; pero en el estado de irritacion en que se hallaba el pueblo por los inmerecidos insultos que el periodismo de París dirigia á Méjico, así como por la altanería y desprecio usados por el baron Deffaudis en su *ultimatum*, la disposicion del Gobierno mejicano, lejos de merecer el calificativo referido, fué, aunque sensible, conveniente y justa. La misma Francia no podrá menos hoy que calificar de muy distinta manera la expulsion de los franceses decretada entonces por el Gobierno mejicano, cuando hace muy poco, en su última guerra con la Prusia, expulsó ella del territorio francés, con notoria justicia, á los alemanes establecidos en él. Son disposiciones terribles en que el hombre laborioso y honrado, útil al país en que vive y en donde es feliz, porque allí ha formado con su industria su manera de vivir, se ve precisado á abandonarlo todo por cuestiones de gobierno á gobierno; pero algunas veces, desgraciadamente, necesarias.

1838. La escuadra francesa iba entretanto aumentándose con nuevos buques de guerra que llegaban á Sacrificios y al fondeadero de Anton Lizardo. Por su parte, el Gobierno mejicano, en medio de las escaseces del

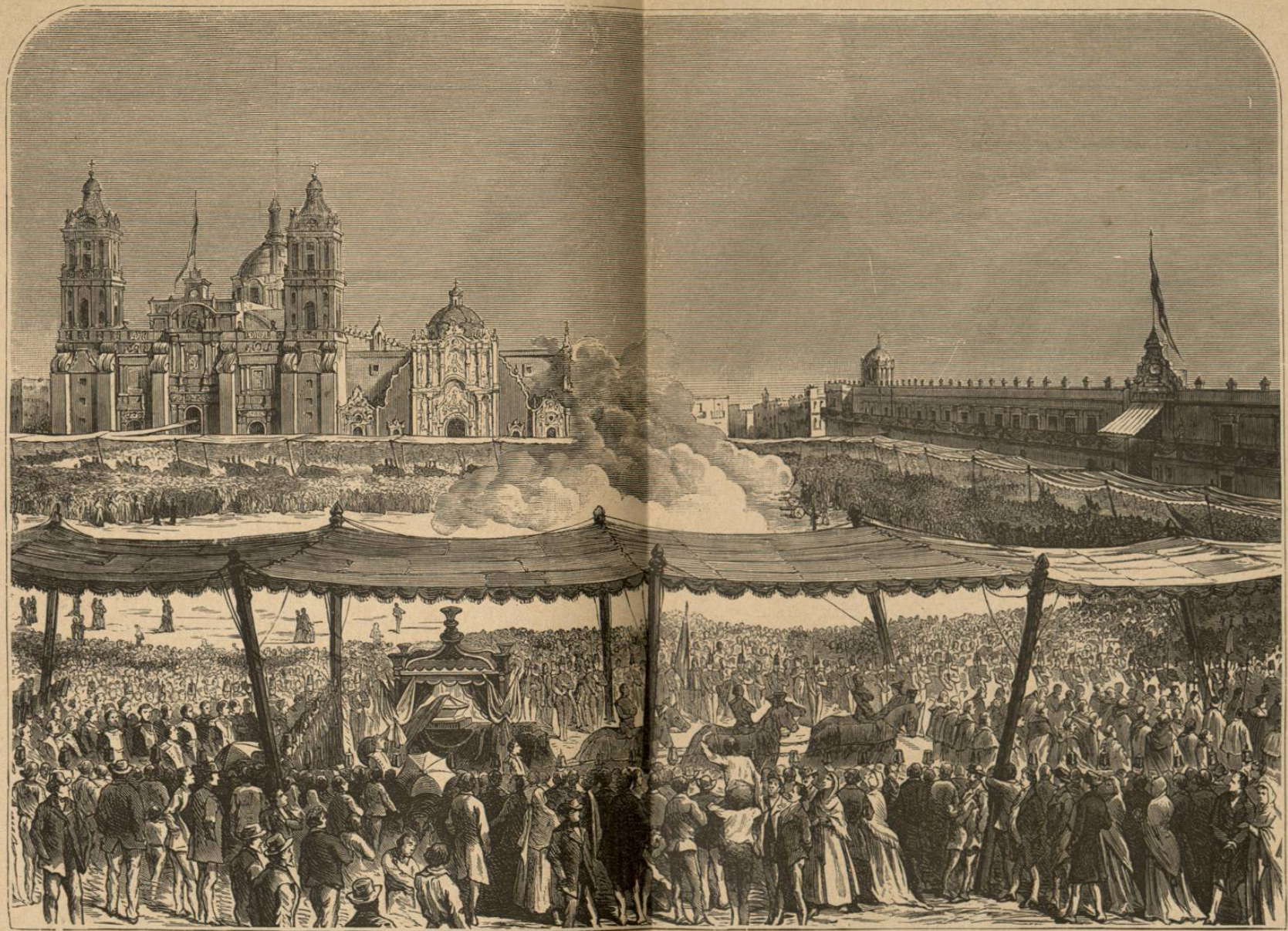
erario, enviaba fuerzas hácia Veracruz, y encargaba al comandante general de aquel punto D. Manuel Rincon, que se hiciesen las reparaciones necesarias en el castillo de San Juan de Ulua, cuyas murallas se hallaban muy deterioradas á la vez que en muy mal estado sus piezas de artillería, y todas sus obras interiores en un estado lamentable.

Aunque ocupados el presidente y sus ministros en la cuestion exterior, no por eso descuidaron en honrar la memoria de un hombre que era acreedor á la gratitud de la nacion entera y cuyo nombre habia venido á quedar casi en el olvido á causa de las continuas revueltas políticas que unas á otras se sucedieron desde que desapareció del escenario del mundo. Este hombre, cuya memoria dispuso honrar el Gobierno en medio de los cuidados que le affigian, era D. Agustin de Iturbide: la patria le era deudora de su independenciam, y quiso manifestar que, si la exaltacion de las pasiones políticas de algunos individuos le condenaron un dia á recibir la muerte, la nacion entera le consagraba el respeto y cariño que le eran debidos. Con efecto, el Congreso general, representante de los sentimientos de los pueblos, expidió un decreto el dia 6 de Agosto, en que decia, que «el Gobierno dispusiera que las cenizas del héroe de Iguala fuesen trasladadas á la capital de la república para el dia 27 de Setiembre próximo, aniversario de su entrada en ella y en que consumó gloriosamente la independenciam»; en el mismo decreto se decia, que el Gobierno «dispondria lo conveniente para que las expresadas cenizas fuesen colocadas en la catedral de Méjico, lugar destinado para los héroes». Era

en esa fecha ministro de Relaciones interiores el distinguido literato D. Joaquin Pesado, que en 9 de Marzo ocupó la cartera renunciada por D. José Antonio Romero, y de la Guerra D. José María Morán, militar de notable mérito, que habia llegado al grado de coronel durante el Gobierno español, y que habiéndose unido al plan de Iguala, Iturbide le nombró brigadier con letras é inspector general de caballería en 1821, consumada la independenciam. Ambos, deseosos de hacer justicia al mérito contraído por Iturbide para con la patria, se apresuraron á dar cumplimiento al decreto del Congreso, y libraron las órdenes para la exhumacion de las cenizas y su traslacion á la capital.

1838. La exhumacion se verificó el 22 de Agosto, á presencia del gobernador del departamento de Tamaulipas, que marchó inmediatamente á Padilla, donde estaba el sepulcro de Iturbide. Asistieron á presenciaria las demás autoridades civiles así como las eclesiásticas y un numeroso concurso de personas particulares. Al extraerse los restos de la fosa, se hizo un inventario formal de ellos, y se encerraron en una urna de madera, forrada de terciopelo negro, con galones y franjas de oro. Para conducir dignamente los restos del que realizó la emancipacion del país, se dispusieron unas andas y una mula con gualdrapas negras, y el 23 salieron de Padilla hácia la capital de la república, escoltados por una fuerza de excelente tropa. En Ciudad Victoria se hicieron con la mayor pompa honras fúnebres á los expresados restos, se enlutó el salon de la Junta Departamental, se levantó un catafalco en la iglesia, se vistió de negro á la tropa que

hizo á su vez las descargas y honores militares, y el 28 se continuó el viaje hasta Méjico, atravesando doscientas leguas. Los habitantes de todas las poblaciones, haciendas y rancherías del tránsito, salian en masa á recibir las cenizas del hombre que habia hecho inmortal su nombre al proclamar el plan de Iguala. En la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, distante una legua de la capital, la urna se colocó en una suntuosa pira, y se cantó una solemne vigilia, estando la iglesia profusamente iluminada. El templo se hallaba lleno de gente que habia salido de Méjico en carruajes y á caballo, y la calzada que va de la capital al expresado santuario, se veia cubierta de un gentío inmenso que se dirigia á pié, porque su escasa fortuna no le permitia gastar en carruaje. Concluidas las honras hechas en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, se dispuso la marcha á Méjico. Era el 25 de Setiembre. La urna se colocó en una magnífica carroza, enlutada, tirada por cuatro arrogantes caballos con gualdrapas y penachos negros de hermosísimas plumas, en la que tomaron asiento el prefecto de la capital, su secretario, el mayor de la plaza, y el teniente coronel D. José María Barrera, que era uno de sus ayudantes. A los lados de la carroza y montados en excelentes caballos, se pusieron ocho ayudantes del presidente de la república: seguia inmediatamente, de respeto, el coche de éste, y detrás de él se hallaba una compañía de lanceros del brillante cuerpo de caballería que llevaba el nombre de Iguala, para perpetuar la memoria. En este orden se emprendió la marcha, siguiendo un número crecido de lujosos carruajes de las familias mas acomodadas de la capital, así como



ENTRADA DE LOS RESTOS DE DON AGUSTIN DE ITURBIDE EN MÉJICO

en arrogantes caballos los jóvenes de la clase media y de la alta. El gentío iba creciendo por instantes con millares de personas que llegaban de los pueblos comarcanos. Se quiso ordenar la marcha procesionalmente, pero fué imposible. El afán que reinaba por ir cerca de la carroza en que iban los restos de Iturbide y acompañarlos, está descrito con exacto y vivo colorido por el instruido mejicano D. José Ramon Pacheco, testigo ocular, cuya descripción fué publicada en 1849. «Apenas acabaron de salir los coches de la estrecha puerta de la villa de Guadalupe», dice, «estalló, por decirlo así, la grande impaciencia de las gentes de á caballo, á quienes se habia obligado á esperar: salieron á escape, tratando de ganar, por ambos lados de los coches, el tiempo y el terreno perdidos. Se les quiso estorbar de nuevo el paso y obligarlos á venir detrás; mas en el punto que se separa el camino de la calzada de piedra del de la arboleda, abandonaron la procesion, y era de verse el espectáculo animado de mas de mil caballos á toda la velocidad de la carrera, dispersos en diversas direcciones y todos con el mismo fin de ganar despues la cabeza de la procesion. Esta á cada paso se aumentaba con todos los que se iban incorporando y que cubrian el camino de antemano en toda su extension. Para este recibimiento tampoco hubo ningun reglamento, ni aun convite, y se puede asegurar que la poblacion salió en masa al recibimiento. Se hallaba en Guadalupe, en la calzada, en las calles, en los balcones, en las ventanas, en las azoteas y en las torres, animada de un mismo sentimiento, haciendo espontáneamente toda clase de manifestaciones: barridas y regadas las calles, enlutadas las fachadas,

enlutada la puerta única de la casa del pobre y enlutados los balcones del rico, y hasta en los árboles de la calzada se veían sus troncos vestidos con paños negros, ó colgadas en ellos cruces, y flotando en las ramas pañuelos negros, ó blancos con crespones. Toda la tropa disponible de la capital estaba tendida en dos alas desde la garita de Peralvillo hasta la iglesia de San Francisco. En la Ciudadela y en varias plazas se colocaron las baterías de cañones: la que estaba estacionada en la plazuela de Santa Ana, anunció, con los tiros de los suyos, la llegada de los restos del libertador á las puertas de la ciudad. Respondió la artillería en todos los demás puntos, y al mismo tiempo sonaron los lúgubres clamores de todas las campanas de la capital.

1838. »Una sensacion extraordinaria, una oleada de un movimiento indefinible, se advirtió en la multitud al entrar los restos por las calles de la ciudad, y así como hay momentos en una familia en que se olvida ó no se cree que realmente ha muerto la persona á quien se llora, así se escapaban en algunos puntos los gritos de: «Viva D. Agustín de Iturbide», denominándole con todos aquellos títulos que dicta la gratitud ó la admiracion: «Viva nuestro padre, nuestro libertador; viva el primer jefe, el héroe, el genio»; y otros del pueblo, si no tan elevados, acaso mas elocuentes. Gritaba el pueblo «¡Viva!» como si sintiese el vacío que dejó Iturbide entre los mejicanos, y ansiara que hoy mas que nunca se animasen aquellos restos para restituirles aquel valor heróico, aquella union cordial y entusiasta, aquel espíritu público, aquella abnegacion de 1821; se gritaba «¡Viva!» como si cada uno

quisiera transmitir su propia vida á aquellas cenizas inanimadas. En medio de éstas, era llevada la urna, tras de la cual se iban formando las tropas con sus banderas enrolladas y adornadas con corbatas de crespon negro, las armas á la funerals, las cajas cubiertas, los clarines y músicas á la sordina, cuyos toques pianos y tristes eran mezclados con el sonar de las campanas, con el tropel de la caballería, con el estrepitoso ruido de la artillería y con la sorda y compasada marcha de los batallones. No era ésta una de aquellas fiestas ni procesiones periódicas de tabla, políticas ó religiosas, que las forman los concurrentes mismos, yendo todos con el objeto de verse los unos á los otros, en donde cada uno mira alternativamente el lujo ostentoso en un punto, la belleza en otro, y rie de las pretensiones de algunos, y en donde la diversion consiste en la indefinida variedad de objetos, pagando cada uno su contingente á la admiracion ó á la risa. Aquí uno solo era el objeto de la venida, de los deseos, del ansia de todos: uno solo era el punto en que se tenían fijas las miradas. La sensacion que se experimentaba, las ideas que preocupaban el alma, el estado violento en que se hallaba el corazón mientras se esperaba con impaciencia, y no obstante este estado de espera, la sorpresa, la emocion que causaba ver acercarse el cortejo funerario: el ansia con que se buscaba un punto cuya forma se tenía ya en el espíritu, un punto en medio del numeroso grupo: un estremecimiento involuntario al caer los ojos sobre el coche fatal: la aplicacion con que se fijaba la vista en aquel punto mientras pasaba por el balcon y durante el tiempo que permanecía bajo de él en las muchas

veces que era obligada la procesion á detenerse, por el inmenso concurso que la formaba, no dejaban lugar á la curiosidad, y aun alejaban toda idea de ocuparse en otra cosa. Tan luego como pasaba la urna de una boca-calle, corrian las gentes á otra, como si esperasen ver mas, y realmente satisfaciendo á un sentimiento interior que ellas mismas no conocian. En algunas boca-calles tambien era atravesada la columna que marchaba tras de la urna, por tropas y corporaciones que ya volvian despues de haber precedido la procesion. Por fin se llegó á San Francisco, ya bastante entrada la noche. Ahí esperaban todas las comunidades religiosas, y preparada una gran pira, é iluminada completamente la iglesia, se cantaron officios fúnebres solemnes. Cuando terminaron, se dispersó el inmenso concurso.

»Se dispersó tambien la tropa, despues de haber hecho los honores que previene la ordenanza del ejército á los capitanes generales con mando en jefe que fallecen en plaza. El público quedó profundamente agradecido al Gobierno, por haber dado esta orden.»

1838. No siendo posible disponer cuanto era necesario para celebrar con suntuosidad las honras fúnebres de Iturbide en el corto tiempo que restaba para el 27 de Setiembre, aniversario de su entrada triunfal, como se habia pensado, se difirieron para el 27 del siguiente mes de Octubre, que era aniversario del juramento de la independencia. La urna en que se hallaban los restos del autor del plan de Iguala, quedó depositada en el interior del convento de San Francisco, bajo la responsabilidad del guardian, llevándose la llave el prefecto. Llegó el dia

26 de Octubre, que era el señalado para trasladar de la iglesia de San Francisco á la catedral, la urna cineraria. Ese acto, que fué solemne, está referido con bien cortada pluma en la descripcion hecha por D. José Ramon Pacheco, de que poco hace dí á conocer al lector una parte de ella. Hé aquí la manera con que se expresa al hablar de la traslacion de las cenizas de Iturbide de un templo al otro: «A las once de la mañana comenzó á salir el cortejo de San Francisco. Este momento fué anunciado por la artillería. Abria la marcha una escuadra de gastadores de caballería en caballos negros, seis cañones de campaña con sus respectivos destacamentos de artillería y cubiertos enteramente con lienzos negros: todas las mulas negras, igualmente cubiertas con gualdrapas negras, las guarniciones, los tirantes de las guarniciones, las riendas y todos los arneses completamente negros.

»Seguian cuatro caballos enlutados, llevados por lacayos vestidos de luto. En los mantillones estaban ricamente bordadas las armas de la familia del difunto; monumento anacrónico en tiempo de la igualdad republicana, pero que anunciaba la ilustre ascendencia de su familia aun en épocas que se ostentaba esta calidad con tales blasones. Solo se sustituyeron unas águilas en el lugar que antes ocupaban unos leones. Acaso se quiso indicar con este emblema, que el dueño de aquellas armas podia volver con usura á sus abuelos y con acciones ilustres propias suyas, la nobleza que de ellos recibió.

»Seguia el sargento mayor de la plaza con sus ayudantes, algunos coroneles y otros jefes, todos á caballo y con espada en mano: marchaban luego las compañías